



dentro del ciclo
«Han visto surgir un mundo después de Jesús, sin Jesús. Ustedes son los primeros
modernos» (C. Peguy).
El deseo y el hombre contemporáneo

“Por qué se ha dicho que Dios había muerto”

Olivier Rey, filósofo, *Université Sorbonne*, París

Don Stefano Alberto, profesor de Introducción a la Teología, *Università Cattolica del
Sacro Cuore*, Milán

Traducción de María Eugenia Flores para Kaire

Aula Magna de la Universidad Católica de Milán
Largo Gemelli 1, Milán
19 de enero de 2010

STEFANO ALBERTO: Buenas tardes, bienvenidos a todos. Ante todo dos palabras de presentación en este Ciclo, pensado por el Centro Cultural de Milán que agradece a la Universidad Católica por la hospitalidad, de título “El deseo y el hombre contemporáneo”. A muchos de ustedes no se les habrá escapado la asonancia con el tema que ha estado al centro de la relación CENSIS de este año que ha sorprendido no poco a la opinión pública italiana acostumbrada a ciertas obviedades sociológicas de la relación CENSIS de los años pasados. Este año en cambio el CENSIS ha identificado la naturaleza de la crisis que vive nuestro País en un “descenso del deseo” que se manifiesta en cada aspecto de la vida. Tenemos menos ganas de construir, de crecer, de buscar la felicidad. A este hecho, cito de un folleto de Comunión y Liberación que ha retomado esta observación del CENSIS, “tendríamos que atribuir la responsabilidad de las evidentes manifestaciones de fragilidad tanto personales como de masa, comportamientos y actitudes desorientadas, indiferentes, cínicos, pasivamente

adaptativos, prisioneros de las influencias mediáticas, condenados al presente sin profundidad de memoria y de futuro”. Estamos en una sociedad, no sólo en las macroexpresiones sino a nivel de la vida de cada uno, peligrosamente señalada por el vacío. Giussani observaba hace ya treinta años: “en el allanamiento del deseo tiene origen el desconcierto de los jóvenes y el cinismo de los adultos”. A estas observaciones de la relación CENSIS ha seguido un debate, ay de mí inmediatamente sofocado por las preocupaciones de la crónica, sobre todo de la crónica sensacionalista que parece la única cosa que queda para tratar de avivar un poco el deseo, pero con resultados realmente escuálidos como está ante los ojos de todos, resultados incluso paradójicos: nos están robando no sólo el deseo, sino también la libertad, con una invasión a la esfera de la persona que ha alcanzado una ubicuidad y una eficacia de niveles comparables a aquellos de la Alemania del Este, piensen en la película “Las vidas de los otros”, o de la Unión Soviética. Pero la contribución que quiere ofrecer el Centro Cultural es encontrar la experiencia personal y el testimonio que se convierte en reflexión, crítica, mirada al presente de algunos hombres que, por cuestiones personales, han atravesado todo el trayecto, por así decir, de la pérdida del significado, de una vida peligrosamente señalada por el vacío, al redescubrimiento de un hecho, de un encuentro, de algo que ha despertado y puesto en movimiento toda la pasión de vivir.

Esta tarde abre el Ciclo de encuentros un filósofo francés, Olivier Rey, que ha aceptado venir a contarnos su experiencia, pero tomando partido sobre un tema que recuerda a Nietzsche: “Por qué se ha dicho que Dios (a diferencia de Nietzsche que usa el indicativo presente, aquí está el imperfecto) había muerto”. Una de las frases más intrigantes del profesor Rey que bien indica el problema que estamos viviendo es que la cuestión no es saber si Dios existe o no, la existencia de

Dios es hoy bien tolerada por la sociedad con tal de que se reduzca a un hecho folklórico, (piensen en la equiparación Papá Noel - Niño Jesús de la reciente Navidad), a un hecho moral, a un depósito de buenos comportamientos. El problema, también en esta Universidad, no es saber si Dios existe o no, sino si está presente, es decir si es un Dios que puede incidir en la vida, en la cotidianidad, en los intereses, en los afectos, en el trabajo, en el estudio.

Olivier Rey ha nacido en 1964 en Nantes, licenciado en el Politécnico de París, ha comenzado una carrera como matemático, pasando en 1989 en calidad de investigador a la *École Polytechnique* de París. Dentro del rigor de los estudios matemáticos ha madurado poco a poco el interés, junto a una aguda pregunta personal, para las cuestiones últimas concernientes a la existencia y a la historia. Entra a hacer parte del CNRS, el prestigioso centro de investigación en calidad de docente de Literatura y Filosofía. Paralelamente también ha comenzado su camino religioso que lo lleva de una familia agnóstica y atea a la conversión al Catolicismo madurado mediante los encuentros con los colegas, entre ellos Rèmei Brague, Jean-Luc Mariòn, uniéndose a los cuales comparte, junto a otros, una amistad como por ejemplo con los próximos dos relatores de nuestro Ciclo: Fabricio Hadjadj y Alain Finkelkraut. Son muy vivas sus relaciones con la Iglesia Ortodoxa presente en París. Durante sus investigaciones ha publicado dos libros sobre el estado y el significado de la filosofía y la ciencia en el pensamiento moderno: “*Itinéraire del égarement*”, en 2003 y las problemáticas de las relaciones en la sociedad contemporánea y de las relaciones entre el individuo y la tradición, el reciente libro “*Una loca soledad: el fantasma del hombre que se ha auto construido*”. Publica también novelas de éxito y su “*Novela azul*” es de 2010. Sus estudios aman también volver a lecturas e interpretaciones de autores fundamentales para el pensamiento moderno y contemporáneo entre los cuales Melville. Tiene una publicación en curso, una original investigación sobre la interpretación de Moby Dick y Billy Bad, Stendhal, Madame Bovary, Baudelaire además de alusión a autores de ciencia y psicoanálisis. El año pasado ha entrado a hacer parte del Departamento de Filosofía de la Universidad Panthéon-Sorbonne de París, donde enseña. El próximo 20 de marzo, en la catedral de Notre-Dame, tendrá una conferencia sobre la relación hombre-mujer, desarrollando una tesis que retoma los temas de Ovidio Gúsmont y disputa el mito agnóstico y cátaro de Tristán e Isolda proponiendo el tema del casamiento e individualidad que se encuentran en el matrimonio. Les he robado ya demasiado tiempo, dejo enseguida la palabra al doctor Rey, agradeciéndole con antelación por su sacrificio y su contribución.

OLIVIER REY: Como punto de partida de esta conferencia me ha sido dada la frase de Charles Péguy: “Por primera vez, por primera vez desde los tiempos de Jesús, hemos visto, con nuestros ojos, hemos apenas visto nacer un nuevo mundo, (...) formarse una nueva sociedad (...), después de

Jesús, sin Jesús". Esta frase irresistiblemente recuerda otra, escrita por Nietzsche unos cuarenta años antes: "Dios ha muerto". Nietzsche añadía, de manera no menos importante: "somos nosotros que lo hemos matado". Nos queda por saber que cosa pueda significar este género de sentencias.

En cierto sentido la frase "Dios ha muerto" no afirma nada diferente de cuanto siempre ha dicho el Cristianismo: los hombres han condenado a muerte a Jesús. La cruz, el instrumento de su suplicio, se ha convertido en la señal, el símbolo, el emblema por excelencia, de la religión cristiana. ¿Cuántos Cristos muertos sobre la cruz, cuántas deposiciones, cuántas sepulturas han sido representadas?

Ahora, Cristo es Dios. Sin embargo, como en la Biblia el libro llamado Eclesiastés no dice la última palabra sobre la sabiduría, sino es solamente un momento en el camino que conduce a la sabiduría, la muerte de Cristo no es una conclusión sino un pasaje. Si Cristo ha muerto, no sólo ha muerto; Él está, sobre todo, eternamente viviente, y llama eternamente a una vida nueva. Es Él que hace decir a San Pablo: "Oh muerte, ¿dónde está tu victoria?" [1 Cor 15.55]

A la frase "Dios ha muerto" se puede atribuir entonces un sentido sociológico. Ella resumiría la caracterización que un hombre del calibre de Marcel Gauchet ha dado de la modernidad, como "abandono de la religión". No en el sentido de una desaparición total de las prácticas religiosas, sino del final de la estructuración de la sociedad de parte de la religión. Dicho en inglés: the unchurched of Europe.

No es tanto el hecho de que las iglesias se vacíen - aunque si efectivamente se vacíen - el objeto de la fórmula es en primer lugar y sobre todo el final de la justificación trascendente de la organización social a través de la religión.

En esta constatación hay mucho de verdad. Viéndolo bien, sin embargo, la realidad amenaza con demostrarse un poco más compleja. Todo depende del sentido que demos a la palabra religión. Según Emile Durkheim no existe sociedad humana sin religión; esto por la sencilla razón de que, según él, la religión no es nada más que la expresión de la transcendencia de la sociedad misma con respecto a los individuos que la componen. Según esta visión las sociedades occidentales contemporáneas serían igualmente religiosas exactamente como aquellas anteriores. Serían solo cambiadas las formas: según Durkheim el núcleo de la religión moderna es el culto del individuo. Estaríamos por lo tanto en presencia de una religión completamente paradójica - en la medida en que lo que hoy separa a las personas sería eso que al mismo tiempo las une - una religión igualmente contradictoria, - en la medida en que el individuo se considera la única realidad verdadera a partir de la cual la sociedad se construye, mientras que en realidad es como está organizada la sociedad actualmente que hace crecer en su seno semejantes individuos, que se imaginan precederla. Para entender la contradicción del individualismo basta con considerar la

palabra “individuo” en cuanto tal. En el mundo de los vivos, partiendo de una especie, ésta se puede subdividir en variedad, formas, razas, grupos, sub-grupos, sub-sub-grupos, hasta llegar a entidades que no se pueden dividir más sin matarlas: son los individuos. Por consiguiente los individuos no son el punto de partida sino aquello al cual se llega al final de un proceso de subdivisión.

¿Cómo se ha podido llegar a esta transformación? ¿Cómo ha podido el individuo llegar a considerarse la entidad suprema, olvidando que había recibido de la sociedad misma las creencias morales que lo divinizan? Muchos están de acuerdo en ver en esto una consecuencia del Cristianismo y esto porque la tradición hebreo-cristiana le ha atribuido al individuo una importancia que no tenía en precedencia.

Se necesita entonces tener en cuenta dos cosas: primero, el fundamento de la dignidad preeminente del ser humano es el haber sido creado a imagen y semejanza de Dios; segundo, es imagen y semejanza de Dios no la persona aislada sino el hombre en relación con la mujer y, más ampliamente, la persona en relación con su prójimo.

Pues el individuo no es valorizado en cuanto tal, sino el individuo en relación con Dios y con los otros en el Espíritu Santo. Por consiguiente que si el culto del individuo puede derivar del Cristianismo, no puede serlo más que como herejía. Entonces para caracterizar la época actual quizás debería hablar de dominación de una religión herética en vez que de un abandono de la religión.

Pero volvamos a la frase de Nietzsche, tomada literalmente. No se habla de religión, de muerte de la religión, sino de muerte de Dios. De aquí la pregunta que sigue imponiéndose: ¿qué cosa significa? Me parece útil, para tratar de contestar a esta pregunta, meditar sobre una observación de Henri Thomas.

Esta famosa frase “Dios ha muerto” [...] cualquier estudiante por encima de un nivel algo elevado, la conoce, sabe de dónde viene la fórmula. Mucho más raramente se oye afirmar esta otra idea, según la cual el Dios que ha muerto es sobre todo, si no sólo, el Padre, y que la muerte del Padre es aquella de toda paternidad en cuanto realidad espiritual. El padre no ha tenido nunca existencia ni autoridad, si no porque existía el Padre. Rotura de un vínculo que deja de ser sagrado - desconcierto de los adolescentes echados a un vacío desconocido y en un vuelco que tiene vocación para implicar a toda la sociedad - todo el sufrimiento romántico ya está presente *in nuce* en esto.

¿Por qué este rechazo del Padre con la “P” mayúscula? Hay una respuesta fácil: es el deseo de emancipación respecto al padre que lleva a rechazar el fundamento de su autoridad, es decir el Padre. Sin embargo ésta no puede ser más que una respuesta parcial, en la mejor de las hipótesis. Porque si el deseo de emancipación de los padres se ha vuelto así intenso, es porque su autoridad

era percibida como ilegítima; si esta autoridad era considerada como ilegítima es porque la figura del Padre se había debilitado o venía rechazada. Por consiguiente hemos vuelto al punto de partida; ¿por qué este rechazo del Padre?

La idea que querría desarrollar es la siguiente: el rechazo del Padre es el resultado de una preventiva desarticulación de la Trinidad.

La Trinidad generalmente ha sido considerada por los que son llamados, un poco pomposamente, los Ilustrados del siglo XVIII como una extravagancia arcaica, una superstición de la que se nos tenía que liberar a toda costa. La idea de un Dios único en tres personas parecía contraria a la razón, por lo tanto de rechazar. Este apunto es tan importante que merece la pena detenerse y pasar algún instante a convencerse de que si el concepto de la Trinidad puede molestar a una mente superficial, esto no sucede si se reflexiona con calma. Que esté bien claro: sobre la Trinidad han sido escritos volúmenes en cantidad impresionante, los más ilustres doctores de la Iglesia le han consagrado tratados, y en comparación a ellos todo lo que puedo decir yo no puede ser más que elemental o banal. Mi sola defensa es que cuando uno se enfrenta con los misterios, la originalidad es la peor de las recomendaciones. Me considero dichoso si lo que digo no hará más que retomar cosas dichas muchísimas veces por autores más cultos e iluminados que yo. Otra cosa que tengo que destacar es la siguiente: no se trata en ningún caso, de deducir la Trinidad desde la razón, como se ha querido probar la existencia de Dios. No tiene sentido pretender probar a través de la razón aquello sobre lo que se basa la razón. Además, si Dios hubiera querido aparecerse a nosotros con el modo de la demostración, lo hubiera hecho. Si no lo ha hecho, significa que el modo demostrativo no es ciertamente el justo para ir hacia Él. “Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz”, gritaba la muchedumbre a Jesús crucificado; “qué baje de la cruz, y entonces creeremos en Él” (Mateo 27, 40-42). Pero si Jesús hubiera bajado de la cruz, seguirlo sólo hubiera sido un acto de sumisión a Su potencia. Seguir a Cristo tiene un sentido sólo si es imposible probar que hace falta seguirlo.

Dicho esto, tenemos que poner atención a la Revelación con todas las fibras de nuestro ser. Lo que quiere decir también con la razón. En su búsqueda de lo que había contribuido a la descristianización de Europa, Péguy ha atribuido una pesada responsabilidad a los clérigos, según él demasiado “intelectuales”, demasiado “sistemáticos”, demasiado lejos de la caridad.

Hay algo verdadero en este reproche, como hay algo verdadero en casi todos los reproches que se pueden hacer. Si el discurso anti-religioso de la Ilustración ha tenido tanto éxito, por ejemplo, es porque se encontraba solamente frente a los dogmas mecánicamente repetidos y áridos. Dicho esto, sería desastroso, para evitar un error, el precipitarse en un error contrario, como a veces ha sucedido. No repetir los dogmas no quiere decir separarse; no adherirse a una teología racionalista

no quiere decir intimar el silencio a la razón cuando se habla de Dios. Sobre todo porque “no es prudente imaginar que el corazón crea por mucho tiempo en lo que la razón ya no cree”.

Quizás cada vez menos personas han creído en la Trinidad porque ésta era presentada como contraria a la razón. A partir de allí, sólo quedan dos soluciones: o se rechaza el Cristianismo, en nombre de la razón; o se queda fiel al Cristianismo, contra la razón.

Y es así que nos encontramos atrapados en una falsa alternativa entre fe y razón. Pero en verdad, si estamos de acuerdo con Pascal en que el punto de llegada de la razón correctamente usada es de reconocer que hay muchas cosas que la trascienden, nos percatamos de que la fe se afirma mucho más cuando está en acuerdo con la razón que contra ella. Para volver a la Trinidad: no se trata de demostrarla racionalmente sino de darse cuenta de que no sólo la Trinidad no es contraria a la razón, sino que si la razón no supiera llegar hasta Dios la Trinidad le permitiría acercarse un grado más hacia Él.

Las primeras palabras del Evangelio según Juan son traducidas al latino de la Vulgata con: *In principio erat Verbum*. Con esta traducción, desgraciadamente, se pierde gran parte de la profundidad semántica del término griego logos. “En el principio era el logos, y el logos era con Dios, y el logos era Dios”. Dios es el logos, nosotros tenemos que ver con el logos, nada menos, con la esencia de Dios. No se meditará nunca suficiente sobre el sentido de esta palabra. Simón Weil traduce el logos de Juan con mediación. No sin motivos. Tales motivos son ligados tanto a los significados posibles del término en griego antiguo, cuanto a la naturaleza de Dios. Si el Cristo puede ser contemporáneamente el mediador entre los hombres y Dios, y Dios mismo, quiere decir que la mediación misma es Dios. La mediación que el Cristo establece entre los hombres y Dios también es la mediación divina entre el Padre y el Hijo, unidos por el Espíritu Santo.

Dicho en otras palabras: la Trinidad es la forma misma de un Dios de amor. Para que Dios sea amor, para que esté en el modo de un “estar con”, necesita que este amor, este “estar con”, sea inscrito en Él. Y por eso, una vez más, Dios no podría ser monolítico. Como ha sido explicado admirablemente por el padre François Varillon, la Trinidad, que parece “complicar” a Dios, en realidad lo “explica”, en el sentido original del término que es aquel de “sin dobleces”, “sin disimulo”. Independientemente de la Creación, Dios no se ha cerrado en sí mismo, es ya amor del otro y mediación. El amor de Dios por la humanidad es expansión, contaminación del amor del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo (recíprocamente, los hombres se unen a Dios cuando lo aman como el Hijo ama al Padre en el Espíritu Santo).

La Trinidad se opone solamente a la unidad sólo aparentemente. En realidad es parte integrante. Utilizamos una analogía: pretender que la Trinidad sea opuesta a la unidad de Dios tiene más o menos el mismo sentido que el sustentar que las tres personas de la conjugación se opongan a la

unidad de la lengua. Las tres personas de la conjugación no son un arcaísmo que superar sino lo que nos permite hablar. Las tres personas de la Trinidad son lo que hace la unidad de Dios. “Cada una de las personas no sería nada, si las Otras no hicieran un Todo”. También vale para el Padre, cuando se reflexiona un instante, ya que es la existencia del Hijo que hace de él un Padre. (Algunos actualmente, objetarán: ¿por qué nuestro Padre y no nuestra Madre? Pero como dice el proverbio, *mater certa est*, la madre es cierta. La relación de la humanidad con Dios no es de este género. No pasa a través de la evidencia de la maternidad.)

Volvemos a nuestro punto de partida; hemos hecho la hipótesis que en la frase “Dios ha muerto”, pronunciada en el siglo XIX, se tuviera que entender sobre todo: “El Padre ha muerto”; y, hipótesis suplementaria, esta muerte del Padre resultaría, al menos en parte, una desarticulación de la Trinidad.

El dogma de la Trinidad, por cuanto esté conforme con la naturaleza afectuosa de Dios, no ha sido instituido sin dificultad. Aún después de su adopción en los concilios de Nicea en 325 d.C. y de Constantinopla en 380 d.C, ha tenido innumerables adversarios. A esto hace falta añadir que desgraciadamente, independientemente de los ataques que ha tenido que padecer, la Trinidad no ha sido explicada siempre de modo perfecto por muchos de sus defensores. La tercera persona en particular, el Espíritu Santo, ha sido a menudo un poco descuidada.

Quizás porque en las culturas muy sensibles a las imágenes el Espíritu Santo no puede ser representado. Como cuentan los Evangelios: “Después de haber sido bautizado Jesús salió del agua; y he aquí que los cielos se abrieron y vio al Espíritu Santo descender en forma de una paloma y posarse sobre Él”. (Mateo 3.16).

La paloma no es designada claramente si no como una metáfora. Frente al Espíritu Santo lo que nos obstaculiza es un modo de pensar sustancialista, que identifica lo existente con las únicas entidades corpóreas y materiales, mientras que las relaciones son “reales” y “concretas” cuanto las entidades que unen.

San Gregorio Nacianceno, padre de la Iglesia del IV siglo, insistía particularmente sobre la naturaleza divina del Espíritu Santo en cuanto persona de la Trinidad. Su enseñanza es reconocida tanto en Oriente como en Occidente. Pero ciertamente no es un caso que sea oriundo del Capadocia y de cultura griega. La Iglesia Oriental en su tradición ha reservado un espacio superior al Espíritu Santo, respecto a la Iglesia Occidental. El Pentecostés, que conmemora el descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles, es para ellos una fiesta más importante, ocupa el segundo rango después de la Pascua y todos los días del año litúrgico que sigue son denominados en relación a ella, hasta el inicio de la Cuaresma siguiente.

Al mismo tiempo, en la cuestión del *filioque* que ha envenenado las relaciones entre el Oriente y el Occidente, oso afirmar que la posición occidental es más justa. Según el Credo definido por el concilio de Constantinopla al final del siglo IV el Espíritu Santo únicamente procedía del Padre. A partir del IX siglo en Occidente fue introducido en el Credo el *filioque*, es decir la afirmación de que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Esta añadidura fue motivada, en parte, por la oposición al Arrianismo: hacer proceder el Espíritu Santo del Padre y del Hijo juntos quería decir reafirmar la consustancialidad del Padre y el Hijo, lo que rechazaron los Arrianos. Santo Tomás de Aquino, sucesivamente, ha presentado un argumento que me parece determinante. Las personas divinas no se distinguen, entre ellas, más que por sus relaciones. Si el Hijo y el Espíritu Santo procedieran ambos del Padre, nada los distinguiría: es porque el Hijo procede del Padre y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo que hay dos personas, y no una sola con dos nombres. Todavía hay otra cosa: la reciprocidad del amor del Padre por el Hijo y del Hijo por el Padre, en el Espíritu Santo. Esta reciprocidad es ilustrada magníficamente en algunas pinturas que muestran una paloma cuyas alas desplegadas son la unión entre el Padre y el Hijo.

De esto se comprende que el descuidar al Espíritu Santo no puede no tener una grave consecuencia: la separación entre el Padre y el Hijo. Es esta separación que permitirá, con el tiempo, la separación de la verdad y del amor, la separación entre un Dios relojero y un Cristo que ama, la separación entre un Dios que ha construido una máquina gigantesca y es indiferente a nuestras desgracias y un Cristo que ofrece su vida por nosotros. No tengo el tiempo, en esta sede, de seguir el desarrollo de esta idea en el curso de los siglos. En cuanto a la situación que deriva, el padre Varillon la ha resumido en estos términos: “Veo que mis contemporáneos titubean entre un Cristo sin Dios y un Dios sin Cristo, entre Jesuismo y deísmo; la opción, para muchos, se presenta bastante simplificada. Un Cristo sin Dios (...) es el hombre superior, excepcional, sin duda único en la historia, quizás también sobrehumano, que ha sabido revelar la Humanidad a sí misma que le ha abierto la vía de la libertad. Al máximo, se puede decir que él nos libera de la autoridad más opresiva y potente, aquella del Dios Omnipotente. Modelo inimitable de altruismo Él es, de modo inseparable, el revelador de la vida del Hombre y de la muerte de Dios. Ésta sería la Buena Nueva. Un Dios sin Cristo es aquel de los filósofos y de los científicos. Lo Absoluto, de lo que no se puede creer que haya podido encarnarse y quedar Absoluto. La Verdad que no puede continuar siendo universal si se encierra en la particularidad de un individuo históricamente determinado”.

Es esta oposición entre un Dios sin Cristo y un Cristo sin Dios que le ha permitido a Dostoievskij escribir, en una carta del 1854 (a Nathalie von Vazine): “Si se probara que el Cristo estaba lejos de la verdad y si fuera verdad que la verdad estaba lejana de Cristo, preferiría estar con Cristo antes que con la verdad. Pero - como Simón Weil ha observado - ésta es una blasfemia terrible, porque el

Cristo ha dicho “Yo soy la verdad”. Es una blasfemia cuyo origen está en la confusión, en la identificación, en la reducción de la verdad a la verdad según los cánones de la ciencia moderna. Si la verdad es lo que enseña la ciencia moderna, si la razón es lo que lleva a reconocer la ciencia como única dispensadora de verdad, entonces se comprende la tentación de abandonar lo terreno. Pero es una tentación funesta. La ciencia moderna provee conocimientos, no la verdad. Para los hombres hay una diferencia entre conocer y amar. Pero no se tiene que elegir entre los dos términos. Hace falta unirlos. ¿Qué es la verdad? Es justo el momento en que las dos cosas se unen. La verdad es la unión entre el conocimiento y el amor. Es decir el Espíritu Santo.

Cuando se olvida al Espíritu Santo el conocimiento y el amor se dividen. De esto deriva la separación moderna entre la verdad, o mejor, entre lo que es llamado así pero que ya no es la verdad, sólo es conocimiento y amor. En una carta a su amigo Hawthorne Hermann Melville escribía: “La razón por la que la gran mayoría de los hombres teme a Dios y en el fondo lo detesta es que no tiene ninguna confianza en Su corazón y se lo imagina todo cerebro como un reloj”. He aquí porque muchas personas han acogido el anuncio “Dios ha muerto” como una buena noticia. Otros en cambio, para evitar el frío racionalismo, se han refugiado en un falso sentimentalismo.

La coexistencia entre racionalismo y sentimentalismo provoca daños gravísimos. Chesterton había hecho el diagnóstico: “El mundo moderno está lleno de antiguas virtudes cristianas enloquecidas. Las virtudes han enloquecido porque han sido aisladas las unas de las otras y cada una vagabundea por su cuenta. Así los científicos se pegan a la verdad y su verdad es sin piedad. En cambio los humanista quieren sólo escuchar la piedad; y su piedad (siento mucho decirlo) a menudo es hipócrita”.

Esta dicotomía está radicada en la separación del Padre y el Hijo. En el momento histórico en que nos encontramos, esforzarse por superar esta separación requiere librarse de la representación de un Padre infinitamente lejano y mecanicista, que ha acabado por imponerse en el curso de los últimos siglos. “¡El Padre mismo no es impasible!” Orígenes ha escrito [Homilía sobre Ezequiel, VI, 51], él que incluso habría podido ser tentado de retomar de los filósofos de la cultura griega del III siglo la idea de un Dios que por nada es turbado. Pero nosotros leemos en el Evangelio de Juan estas palabras de Jesús: “El Padre y Yo, somos una sola persona” [10.30]. Y aún, cuando Felipe le pide a Jesús mostrarle al Padre, Jesús contesta: “Desde hace mucho tiempo estoy con ustedes y tú no me has reconocido, ¡Felipe! Quien me ha visto, ha visto al Padre; como puedes decir: ¿Muéstranos al Padre? ¿No crees que Yo estoy en el Padre y que el Padre está en Mí?” [14.8-10] y entonces, ¿cómo se podría separar al Padre del Hijo? La muerte de Dios decretada en el siglo XIX es de algún modo la despedida del Padre, en el nombre de su distancia infinita y su condena en nombre de las cuestiones terrenales de las que sólo Jesús se ha ocupado. Pero hace falta tomar las cosas en otro

sentido: la vida terrenal de Jesús no Lo separa del Padre sino revela al Padre. “Dios ha amado tanto al mundo que donó a su único Hijo [Juan 3.16] es decir lo máximo del amor no está en el don de sí mismo sino de este Hijo que a través del Padre dona, en cierto sentido, más que sí mismo. “Si piensas en el infinito sufrimiento de Cristo durante la Pasión, especialmente cuando grita: ¿Padre, por qué me has abandonado?” Pero hace falta pensar igualmente en el dolor infinito del Padre al sentir estas palabras. Cuando Dios ha pedido a Abraham ofrecerle a Isaac era, al final del relato, para liberar a este último. Cuando los hombres le han pedido a Dios un Salvador, era, al final de su recorrido terrenal, para llevarlo a la muerte. El Padre sufre cuanto el Hijo durante la Pasión. El Padre sufre cuanto el Hijo por nuestros pecados y se alegra cuanto Él por el regreso de los pecadores.

Algunos dicen que habría un antropomorfismo al imaginar un Dios no impasible. En realidad sería más bien lo contrario: imaginar un Dios impasible es una idea humana, demasiado humana, una idea de Dios obtenida a partir de lo humano con un simple inversión. Galileo se ha burlado de aquéllos que consideran la impasibilidad y la inmutabilidad como calidades supremas. “Los que ponen tan alto la incorruptibilidad, la inalterabilidad, etc.... Llegan a decir esto, yo creo, porque querrían aún vivir largo tiempo: tienen miedo de la muerte (...) Merecerían encontrar la cabeza de la Medusa que los transformara en estatuas de jaspe o diamante, para volverse más perfectos. “Pretender que Dios no sea impasible no quiere decir para nada afectar su perfección, al contrario. Diciendo esto, sin embargo, es útil acordarse de la advertencia de Pascal: cuando se trata de Dios el error no es lo contrario de la verdad sino el olvido de la verdad contraria. Y cuando decimos que el Padre no es impasible tenemos que estar atentos a no reconducirlo subrepticamente a nuestra dimensión humana porque de otro modo pretendiendo adorar a Dios no haríamos más que adorarnos a nosotros mismos. El padre Varillon, él tan atento en mostrarnos la humildad y el sufrimiento de Dios, era perfectamente consciente del peligro, por lo tanto escribía: “borrar de un golpe la metafísica de la impasibilidad divina según su entera extensión griega, patrística y medieval es una tentación contemporánea. No es cierto que esta operación esté libre de riesgos. Si es comprensible, sobre este punto preciso, añorar un cierto unilateralismo de los siglos pasados, al menos en Occidente, sería un progreso discutible aquel de imponer un unilateralismo contrario. La diversidad de los símbolos protege de los riesgos de sectarismo, de espíritu sistemático y de idolatría”.

Blondel lo sabía: “Así sostenía, como un juego, un tipo de libertad diversificante en las representaciones. Aconsejaba a su amigo von Hügel, a causa de su personalismo excesivo (pero a un aristotélico habría dado el consejo opuesto) de equilibrar de algún modo la noción de persona aplicada a Dios con la de sustancia”.

Las mejores entre nuestras fórmulas no pueden sino tender hacia Dios, en el mejor de los casos, siguiendo uno de los recorridos que van hacia Él. Pero ninguna de éstas podría alcanzarlo, retenerlo, encerrarlo. Por lo tanto cada afirmación a propósito de Dios merece ser acompañada por otra, contraria, y de muchas otras aún.

Si con nuestras palabras nosotros no podemos entender a Dios, es hasta demasiado fácil en cambio dar una imagen distorsionada. Y es esto que ha sucedido, con una cierta imagen del Padre sin corazón que en Occidente tendencialmente se ha impuesto en el curso de los siglos recientes. Aquél es el Dios que ha muerto, un falso Dios. No merece lamentos. Era un Padre que ya no lo era, porque es pensado como separado del Hijo, mientras que Él es Padre sólo en cuanto está unido a Su Hijo por el Espíritu Santo. Sin embargo, si el Padre es eliminado, también el mismo Jesús acaba por ser neutralizado, separado de su Padre ya no es capaz de salvarnos. Ya no es capaz de mantener la promesa hecha en el último paso del Antiguo Testamento: "Reconducirá el corazón de los padres hacia sus hijos y el corazón de los hijos hacia sus padres" [Malaquías 3.24]. No puede hacerlo si no es él mismo el Hijo, unido al Padre en el Espíritu Santo.

Si un falso dios ha muerto, en cambio la Trinidad no muere. Ella es eterna, inmutable. Esta inmutabilidad no se basa absolutamente en la impassibilidad del Padre. Se revela más bien en el flujo eterno, en la circulación eterna, en el eterno devenir del amor, al cual nos ha sido donado de podernos asociar.

Les ruego creer que estoy lejos de exagerar la importancia de este tipo de conclusión. Ella indica, en el mejor de los casos, una dirección para la mirada, para el pensamiento. También por cuanto concierne a la Trinidad lamentaría parecer demasiado preciso, demasiado categórico, acerca de lo que no es contrario a la razón sino la supera infinitamente, y que para nosotros queda un misterio.

Como Simón Weil escribe: "los dogmas de la fe no se tienen que afirmar. Se tienen que mirar desde una cierta distancia, con atención, respeto y amor".

S. ALBERTO: Querría lanzar las preguntas proponiendo, sin tener la pretensión de agotarlas, dos temáticas. No podía no reflexionar: qué tiempos son estos en que los teólogos dejan de hablar de la Trinidad y les toca a los filósofos relanzarla en el debate como una realidad viva con consecuencias existenciales; por una no débil analogía estos últimos cincuenta años, resumidos por las dos generaciones que hay aquí (luego hay también una tercera, de sabios) bien nos ponen delante a los ojos los hijos que han matado al padre (es la tragedia del 1968) pero aquellos hijos, convertidos a su vez en padres, prueban ahora a matar a los hijos. Es la condición contemporánea: el inmovilismo, el conservadurismo, el mantenimiento de los privilegios... la universidad, también esto es un templo del conservadurismo en Italia: cambiar todo para no cambiar nada, así son las primeras semanas en

que nuestros docentes están interpretando la nueva reforma de la Universidad. He aquí, para muchos de nosotros lo que parecía un punto muerto y doloroso, la matanza del padre de parte de los hijos, la matanza de los hijos de parte de los padres, se ha vuelto a abrir con una experiencia fuerte, existencialmente potente, del Espíritu Santo que nos ha reunido con Cristo vivo. Hablo de la experiencia, así intrigante de estos tiempos dramáticos de la Iglesia y la sociedad, de los carismas que nos han traído de nuevo sea la realidad divina-humana de Cristo, sea una experiencia de paternidad fuerte, que permite de volver a pensar y a actuar en términos dignos de la propia humanidad. El segundo tema que valdría la pena quizás de discutir es esta, aunque sólo señalada, contraposición entre verdad y amor, que es uno de los temas sobre el que el clericalismo prueba hoy a escribir una teoría de la supervivencia de la Iglesia en la sociedad secularizada. El profesor Rey nos hace ver que no puede haber verdadero amor sin verdad ni verdad sin amor. Pero querría dejar el micrófono a ustedes, hagamos consecutivamente dos o tres preguntas.

INTERVENCIÓN: Agradeciéndole por la riqueza que hay que retomar, quería poner esta analogía. También Dante propone el tema de la Trinidad que es la única perspectiva que permite no hablar de Dios en términos monoteístas, a las grandes religiones. Pero de este modo Dante hasta en el Paraíso propone el tema de la libertad del hombre y por lo tanto la raíz del deseo. Me interesaba proponer la pregunta sobre el hecho de que esta unidad, el Padre, el Hijo, el Espíritu, esta posibilidad de encontrar a Dios en su naturaleza, es decir en Cristo, es la que permite también que el deseo del hombre, la naturaleza del hombre, como en el Paraíso, sea integral, es decir sea ella misma. Por lo que se comprende que también la palabra deseo no es el capricho del muchacho sino más bien, es la verdad que permite realmente descubrir quién es Cristo. Gracias.

INTERVENCIÓN: A un cierto punto de la relación, usted ha dicho que el método demostrativo no es absolutamente el medio bueno para ir hacia Dios. Pero nosotros tenemos una razón que está exclusivamente o casi por entera hecha para demostraciones. Teniendo en cuenta que la razón no puede agotar el misterio de Dios, ¿qué otra cosa es la razón más que el puro método demostrativo que nosotros hemos heredado desde al menos hace un par de siglos hasta hoy?

O. REY: Hay muchas definiciones diferentes de razón y está claro que lo que entendemos hoy por razón es radicalmente diferente de lo que Santo Tomás llamaba razón. Por tanto, si nosotros nos adherimos a la definición contemporánea de razón entonces tenemos que ver con una facultad de veras muy particular, muy instrumental, muy demostrativa. Lo que he tratado de decirles concerniente a la razón, esta razón, es que es incapaz de llevarnos, de conducirnos a Dios. Lo que

también he tratado de decir es que esta razón no es contraria a Dios. Luego si nosotros no podemos basar los dogmas en la razón, es equivocado en cambio decir que los dogmas se opongan a la razón. Superficialmente se podría decir esta cosa pero si se reflexiona un poco más atentamente entonces nos percatamos exactamente de lo contrario, y es lo que he tratado de decirles concerniente a la Trinidad. Por lo tanto, esta unidad compuesta de tres Personas parece contradictoria pero en realidad nos percatamos de que por el pensamiento humano no un concepto, una noción que tenga sentido en sí misma, sino todos los conceptos valen los unos con respecto a los otros, por las relaciones que tienen los unos hacia los otros. Si se coge un diccionario, por ejemplo, para componerlo no se coge al inicio una palabra sin darle una definición y sucesivamente se definen todas las palabras iniciando por ésta. Un diccionario está formado por palabras que se refieren las unas a las otras. Desafío a entender qué cosa es la unidad fuera de la multiplicidad, porque la unidad tiene sentido solo si tomamos en consideración la noción multiplicidad. Lo que hace de Dios Dios es que en él están estas dos nociones que para nosotros se oponen pero que para Él están unidas, están juntas. Los que piensan que un Dios absolutamente unitario está más conforme con la razón, en realidad se equivocan porque una cosa de este tipo no tiene ningún sentido para el pensamiento humano.

En cambio por cuanto concierne la libertad, es un argumento de veras muy vasto para que yo pueda arriesgarme así, pero querría aprovechar la ocasión para decir algo sobre los dogmas. Hace falta desconfiar de una religión dogmática, una religión que olvida el corazón y la libertad para afirmar cierto cuadro dogmático. Al mismo tiempo hace falta desconfiar de un corazón dejado a sí mismo, una libertad dejada a sí misma sin que haya nada que pueda guiarla. Es el sentido de lo que decía Chesterton cuando hablaba de las “viejas virtudes cristianas enloquecidas”, perdido el cuadro que les daba orientación. El corazón para expresarse justamente tiene necesidad de cierto cuadro y la libertad para ir hacia la verdad también ella necesita de un cierto número de guías que no están allá para obligarla, para vincularla, sino están allá para ayudarla a no extraviarse. Los dogmas, una vez más, no son cosas que recibir como cuadros que encierran el pensamiento, sino al revés son cuadros que le permiten elevarse. Si nosotros ya no tuviéramos el esqueleto, por ejemplo, entonces ya no seríamos flexibles en nuestros movimientos, no podríamos hacer ningún movimiento, seríamos un montón de “algo”. La libertad dejada a sí misma, el corazón dejado a sí mismo, es la misma cosa, necesita un esqueleto sobre el que apoyarse para poder ir adelante. Y es aquí que el dogma de la Trinidad me parece ser tan importante, no para decir a alguien: “He aquí qué cosa es Dios”, sino para dar un cuadro de referencia, algo sobre que apoyarse para ir hacia Dios.

INTERVENCIÓN: Buenas tardes, soy un estudiante de Jurisprudencia. Yo he acogido su discurso reiterando pero “Dios había muerto” por lo que atañe todavía hoy a la reducción en esclavitud, la historia de los esclavos, la prostitución, el transexualismo, a causa de las ondas guiadas, de las ondas electromagnéticas, de las instalaciones de la policía, de las instalaciones de los tribunales, en los barrios españoles, italianos y de la Comunidad europea.

Yo he hecho una denuncia a la Fiscalía general, en la Casación, porque Dios ha muerto de este modo y yo no querría precisamente que siempre estuviera muerto, querría que ya no existiera la esclavitud. Gracias.

O. REY: Sí, pero eso no es responsabilidad de Dios, es responsabilidad de los hombres! Para hacerle un ejemplo: Ely Wiesel que cuenta esta historia: en que en un campo de exterminio nazista ahorcaron a tres personas de las cuales uno es un adolescente que tardará casi media hora en morir. Uno de los prisioneros que asiste a esta escena atroz dice: “¿Pero dónde está Dios?”, y la respuesta de Ely Wiesel es: “Eh aquí, es él, es él que es ahorcado”. Está presente, es la persona que padece el suplicio, está allí Dios. El suplicio de Cristo no está detrás de nosotros, está continuamente presente, cada día y son continuamente los hombres a condenarlo a muerte, cuando los hombres se quejan del hecho de que Dios no hace nada, entonces son ellos los que en realidad hacen el mal. Si Dios tuviera que intervenir cada vez que los hombres hacen el mal, entonces los hombres ya no serían hombres, serían solamente marionetas. Marionetas: cualquier cosa que hagan no habría nunca alguna consecuencia negativa, porque siempre estaría Dios que arreglaría todas las cosas actuando después de ellas. La libertad humana tiene un precio: el sufrimiento es posible, el mal es posible, está efectivamente en los hechos, se explica en los hechos, pero no está absolutamente en la responsabilidad de Dios. Es nuestra responsabilidad y eso no significa que Dios está muerto, absolutamente no: ¡Dios está vivo! Pero todo lo que puede hacer desde el momento en que ha querido criaturas libres es sufrir junto a estas personas. Cada vez que el hombre sufre, no hace falta decir: “¿Qué hace Dios?” o “¿Es Dios que lo ha querido?”, ¡no! Dios sufre con la persona que está sufriendo. La alianza que ha sido estipulada entre Dios y los hombres es todo lo que Dios puede hacer por nosotros, es decir sufrir, sufrir por el mal que nosotros hacemos y sufrir por el mal que nosotros sufrimos. Si lográramos convencernos más del hecho de que el mal que hacen los hombres no es solamente infligido a los hombres, sino también a Dios, quizás entonces haríamos un poquito menos mal. Santa Teresa de Ávila decía que Jesús está crucificado para siempre sobre la tierra; ¿qué es la crucifixión si no clavar manos y pies? ¡Pero son los hombres que han clavado a Jesús, le han impedido actuar y Santa Teresa de Ávila decía que hoy las piernas de Dios somos nosotros, los brazos de Dios, su cuerpo somos nosotros! Cuando se dice entonces: “¿Dónde está Dios?” - “¡Eh

aquí!”. Depende de nosotros: no digo de matarlo o de hacerlo vivir - porque Dios es eterno - sino de celebrarlo en lugar de hacerlo sufrir.

S. ALBERTO: Nos detenemos aquí. Agradecemos mucho por su trabajo al profesor que me ha dicho: “Tengo mucho que decir, pero ¡no ahora!” porque un camino verdadero también implica reconocer los tiempos para esto. Yo querría dar las gracias al profesor por el trabajo al que nos ha introducido y al cual nos obligará. En este sentido me permito pedir en nombre de todos ustedes al profesor, poder publicar el texto de este encuentro una vez que, lo haya revisado para podernos aún confrontar y para profundizar muchos aspectos que todavía quedan abiertos. Yo me permito destacar uno: es osado, en un ciclo de conferencias dedicado al deseo, a la pérdida del deseo de parte del hombre occidental - piensen que nuestros estudiantes que vuelven de China, de India, de ciertos países árabes hablan de un cierto dinamismo del que nosotros no tenemos ni siquiera la idea, también es una cuestión de supervivencia continuar deseando o enmohecer en una introspección solipsista - ¿de dónde empezar de nuevo? Un poco audazmente el doctor Rey nos dice: la Trinidad, pero es casi una broma. El hombre no puede ciertamente volver a partir de él mismo y esto las violencias del siglo breve lo han hecho ver con una fuerza inaudita. El hombre sólo puede partir de nuevo de alguien que despertase su deseo. El Dios Trinitario no es el Dios relojero, no es el Dios que ha suscitado la angustia y la repugnancia de Nietzsche, sino es el Dios de Jesucristo, Dios que se ha hecho carne, ha quedado lo que era desde el principio y como dice bien san León Magno: “Se ha convertido en aquello que entonces no era”: hombre. Su identificarse con la criatura es la posibilidad de encontrarlo para nosotros allí donde vivimos, que su fuerza regeneradora, fuerza de perdón, fuerza de creatividad, fuerza de cambio para que una humanidad verdadera, una humanidad nueva no venga a menos. Diría que ésta es la actualidad del mensaje cristiano y la tragedia no es que Dios haya muerto, sino que Dios ya no sea Dios. Un Dios que no esté presente, un Dios que no está dondequiera dentro de la vida, ¿qué Dios es? Es una caricatura de Dios. La gran pretensión de Dios que nace precisamente de la gratuidad del Dios trinitario es de estar dentro de nuestra vida para empezar desde los lugares de donde se ha querido echarlo: la universidad es una de éstos. Qué siga viviendo presente y no como una momia que es expuesta en Navidad y en Pascua según rituales cansados depende seguramente de Él, sobre esto no tenemos nada que enseñarnos, pero, desde el momento que Dios ha querido compartir nuestra vida, depende mucho también de nosotros. Agradezco a todos ustedes que han querido participar y les señalo que el próximo encuentro de este ciclo será el martes 1 de marzo hora 21.00: “Modernidad contra Modernismo” intervendrá un amigo, el profesor Fabricio Hadjadj, filósofo y escritor.